

## IV -Catharsis

Eloise Rico

Image not found.

## Capítulo 1

No entiendo a quién en esta vida se le ocurrió juntarlos, hacerlos resultado, provocarles capaces y lo consideró correcto, de esas personas que les gusta ser, que no le tienen miedo a sentir y lo transmiten, tal vez rallan en lo absurdo o son conscientes de lo corta que es la vida para evitar vivirla, como espectador los contempló posibles y decidió untarse las manos, hacerles saber al uno del otro y así de ahí en adelante todo dependería de ellos dos.

-

Ya lúcidos de todo permanecían silenciosos, fingiéndose normalidad, intentando actuar simple aunque con dificultad, era inevitable estar cuestionándose qué pensaría el otro con toda acción que se les ocurriera realizar, Alma se encontraba incalmable, su cabeza parecía estar montada en algún juego mecánico de esos en los que todo de ti te exige bajarte; en su siguiente encuentro Ádamo no se hallaba, dudaba de su comportamiento, se preguntaba si era correcto pasar más tiempo junto a ella aunque era un eco lo que recibía como respuesta; Alma disminuía su paso y se atrasaba a propósito con el objetivo de ir lo más aislada posible y no tener que preguntarse tanto sobre qué hacer ni cómo actuar, sus intentos eran inconclusos ya que Ádamo constantemente giraba la mirada hacia ella y disminuía ligeramente su paso para que no se quedara atrás, tal vez esperando que ella comenzara a darle señales de cual era su necesidad, esa fue para Alma tal vez la noche más larga, caminaba evitando escucharles, tarareando las canciones que acostumbraba escuchar, jugando a no pisar las grietas del pavimento, pateando piedritas, girando en los postes, leyendo cada letrero que encontraba, manteniendo su atención en cualquier lugar lejos de él y conseguir calmar su mente por un rato.

-

Acostumbrados a callar, falsearon calma, Alma se reclinó en su hombro porque nunca ha sabido como sentarse, siempre encontró incómodo ubicarse bien, derecho y elegante, así a veces se encontrara en un establecimiento público, ella siempre era un desastre, se ubicaba de las maneras menos estéticas, escurrida como si no tuviese huesos y ésta por más que fuera con él no sería la excepción; pero aunque procuraba incomunicar su mente notaba un estado cambiante en Ádamo como respuesta a su cercanía, sin embargo por encima de cualquier pensamiento estaba el hecho de su falta de amor propio y una vez más se impidió considerar lo innegable, cada minuto que pasaba para alma era tan molesto como una llave mal cerrada, un gotear en el silencio de la noche; la curiosidad se apoderaba de cada centímetro, consideraba necesario escuchar qué había pasado dentro de Ádamo; Le veía tan

calmo, con la paciencia de siempre y le resultaba intolerable, ella quería sentir la misma paz pero no la hallaba a su alcance; se prometió encontrarla, no había causa; de pronto, mas estable, objetiva, notó que él evitaba verla a los ojos, le hacía torpe, pero más de una vez sentía sus ojos encima con la rapidez de un rayo, la observaba con agilidad cuando Alma no estaba atenta, con ésa inseguridad que ella no notó por estar entre su propio caos.

Más tímida que nada en cuestiones de inmiscuirse, vio escapar de su boca palabras incluso ajenas, no creyó pronunciarlas, no al menos en voz alta; le hizo saber que consideraba necesario hablar, aún perpleja de su acción le notó casi molesto por esa exigencia, pero mas que reclamo era un ruego de rescate por no sentirse tan perdida, tan adormecida hacia su cabeza inquieta y lo que en ella maniobra; Él, dándole su buen tiempo a todo, no esperaba ése ataque que mas que molesto le agarró inestable y desarmado, Ádamo también tenía un remolino de preguntas y muy pocas ganas de respuestas, éso significaría para él conversar con si mismo, ponerse en duda y cuanta cosa evitaba siempre; estaban rodeados de todo y solo le pudo hacer saber que lo haría inmediatamente se encontraran solos, le dio su tiempo, como si esperara que se añejara y así borracho de palabras le fuera más sencillo repetirlas, o tal vez estaba aún a la cacería de ellas; la espera fue caótica en ella, tanto que se sumergió por segunda vez en ese huracán de palabras impensadas.

Ádamo volvió trofeo su pregunta, no podía creer que hubiese usado tal juego de palabras: ¿te gusta ver sufrir a la gente? ésa pregunta le generaba inestabilidad y una gracia silenciosa, cómo podía haber escogido tal juego de palabras; él tan a punto de hablar a segundos antes de que Alma sin piedad detonara tal pregunta; Ahora se encontraba más perplejo entre lo poco que hallaba de si, suspendió actividad y se sentó junto a ella con porte indudable pero tan poca subsistencia, la costumbre de hablar poco le hizo comportarse como quien desempolva objetos olvidados, las palabras parecían en recreo, daba vueltas entre las mismas ideas y no exponía ni una sola concreta, generó una matanza de argumentos inconclusos, estaban desmembrados por todo el lugar, las frases terminaban ásperas y le secaban la garganta, miraba sus manos, el punto en el sofá; todo aquello que no fuera ella. Alma que siempre persiguió las causas perdidas le vio ahogarse frente a sus narices y sin pensar actuó por tercera vez como jamás planeó, se lanzó como un salvavidas, tan lento que intentaba frenarse a ella misma aunque ya era tarde, ya estaba a centímetros de él y seguía aproximándose, Ádamo solo le miraba aturcido, se encontraba alzando la mirada hacia ella desde el momento que avistó aquel movimiento brusco y permaneció a su espera como un espectador algo ausente, perplejo a su cercanía ambos se inclinaban por inercia, todo se desató como dominó, acción consecuencia de un movimiento menos que pensado, similar al movimiento de quien siente la

música y se deja llevar por ella.

La vergüenza se apoderó de Alma, ella se retiró con la misma brusquedad con la que inició aquel movimiento, se sentía atrevida, como si todo hubiese ocurrido por obligación, para su asombro él le buscó con furor y la seguridad que le caracterizaba, demostrándole tal vez que no había sido una respuesta absurda, que era la mejor palabra que habían podido pronunciar; su proximidad se hizo menor y Ádamo recostó su cabeza entre su pecho con la ternura de un niño que busca consuelo, silenciosos, confusos, secos de palabras encontraron ése como diálogo, solo se escuchaba la respiración agitada, se miraban con necesidad y encontraban respuestas a preguntas que no sabían pronunciar, Alma descubrió su mirada embriagante, dulce y abatida, sabía que podía perderse ahí por horas y se sentiría segura.

-

Con él Alma siempre se enredaba entre líneas, se sentía balbuceante, olvidaba las letras, sílabas y hasta cómo conjugarlas, se hacía de nudos, se sentía más torpe de lo usual, a veces se perdía en sus ojos en medio de una frase y le era inevitable disminuir la velocidad de su relato hasta pausar entre letras como quien las cuenta una a una y olvidar el hilo que las une, avergonzada cortaba una idea a medias y aún así Ádamo le recordaba que la encontraba correcta, le comentaba cómo le sorprendía su manera de ver la vida y la coherencia con la que siempre sabía qué decir, le confesó asustado por la similitud de ideas, le asombraba hallarse en sus palabras como si fueran suyas; confesó lo mucho que le había aprendido. Alma siempre se intrigó con el concepto tan poco correcto que él tenía de ella, siempre se conoció enmarañada, inservible, algo tan insignificante que le sorprendía el título de grandeza con el que la concebía.